

# VASCOS

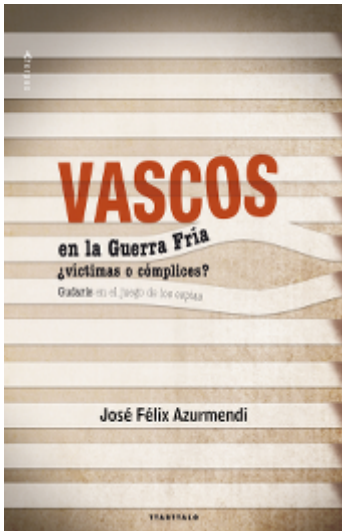
**en la Guerra Fría**  
**¿víctimas o cómplices?**

*Gudaris en el juego de los espías*

José Félix Azurmendi

Tras la publicación en 2012 de *PNV-ETA, crónica oculta (1960-1979)*, un libro de lectura imprescindible para comprender mejor la historia reciente de Euskal Herria, muy bien acogido por los lectores, José Félix Azurmendi vuelve a publicar un segundo libro *Vascos en la Guerra Fría, ¿víctimas o cómplices?*.

José Félix Azurmendi fue director del diario *Egin* (1980-1987), subdirector de *Deia* (1989-95), director de Radio Euskadi (1995-1999) y director de EITB Internacional (1999-2010). Periodista activo, hoy en día continúa colaborando en numerosos medios de comunicación.



*Vascos en la Guerra Fría, ¿víctimas o cómplices?* desvela los compromisos que los dirigentes vascos del exilio adquirieron con los servicios de inteligencia aliados, primero, contra el Eje nazifascista y, posteriormente, contra el “Eje del mal” comunista. El PNV, con el Lendakari Aguirre a la cabeza, participó activamente, tanto por interés estratégico como por pura convicción, en el enfrentamiento entre bloques que surgió de la II Guerra Mundial. Este es, por tanto, un libro de espías, aunque ellos preferían considerarse a sí mismos como informadores. Fueron agentes de los Servicios Vascos de Información y Propaganda del Gobierno Vasco, que actuaron a ambos lados del Telón de Acero, y, según las épocas y las motivaciones, colaboraron con el espionaje británico, francés o norteamericano. José Félix Azurmendi se convierte en cronista de un tiempo tan apasionante como peligroso en el que se enfrentaron las grandes corrientes ideológicas, se crearon organismos internacionales y se fundaron y destruyeron estados. En medio del huracán desatado por la Guerra Fría, unos pocos cientos de hombres y mujeres, hijos de la derrota y el exilio, utilizados y abandonados, se esforzaron por sostener y pasar la antorcha de la libertad de una patria “con mil generaciones detrás desafiando a los rascacielos de cemento”.

Diseño de colección: Unai Arana

Portada: Ainhoa Lukas

© José Félix Azurmendi Badiola

© Ttarttalo S.L. Donostia 2013

D.L.: SS 754 - 2013

ISBN: 978-84-9843-447-7

Editorial TTARTTALO

Calle Portuetxe, 88 bis

20018 Donostia

Tel. 943-31 02 67/Fax: 943-31 02 16

[ttarttalo@ttarttalo.com](mailto:ttarttalo@ttarttalo.com)

[www.ttarttalo.com](http://www.ttarttalo.com)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). Los citados derechos están protegidos por el organismo CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

---

ePub: [booqlab.com](http://booqlab.com)

Impreso en Leitzaran Grafikak S.L. Martin Ugalde Kultur Parkea. Andoain (Gipuzkoa)

# VASCOS

en la Guerra Fría, ¿víctimas o cómplices?

*Gudaris en el juego de los espías*

José Félix Azurmendi



## ÍNDICE

### Prólogo

José Antonio Aguirre entra en los Estados Unidos como un delincuente

Los americanos son formidables: ¡ojalá se les ocurra hacernos libres!

Fusilan a Luis Alava, mártir de la Patria y de la imbecilidad de algunos compatriotas

Aguirre da orden de trabajar por la causa aliada como propia

El Lendakari regresa a París en un avión militar norteamericano

La tensión internacional favorece a Franco

Los Servicios Vascos de Información se instalan tras el Telón de Acero

De París a Guatemala pasando por la Europa Oriental

La CIA altera las reglas de juego negociadas con Aguirre

El canónigo de Markina y la espía aristócrata se suman a la Guerra Fría

¡Pajoleros americanos! ¡Qué les habremos hecho para que nos traten tan mal!

Ajuriaguerra-Michelena, choque de clanes y fidelidades

1953, el año más triste de José Antonio Aguirre

Francia clausura Radio Euzkadi

Cuando la Delegación Vasca de Londres se puso al servicio del MI5

Desaparece un profesor en Nueva York

No hay peor 'coreanismo' que el de los propios vascos

Crisis y desconcierto en el PNV: nace ETA

José Antonio visita por última vez el Departamento de Estado

Beligerantes en guerra ajena y rival

Espías de carne y hueso al descubierto

Conclusión

Índice onomástico

## PRÓLOGO

José María de Gamboa, señor consorte de Laurgain y otros señoríos, contradiciendo la versión más habitual entre los dirigentes *jelkides*, no dudó en sostener ante el entrevistador de *Euskonews*, a comienzos de 2005, que “los Aliados no nos traicionaron”, porque “era el deber de los vascos luchar por la libertad sin esperar nada a cambio”. Aceptando que los vascos no obtuvieron nada de la victoria aliada, no hubo sin embargo a su juicio traición, ni pactos incumplidos por su parte, porque “los Aliados no hicieron jamás promesa formal o informal de acabar con el régimen de Franco”. Gamboa insiste y amplía en esta idea al sostener que “Estados Unidos no ayudó a Franco por maldad ni como traición, sino porque necesitaba una base americana para defender a Europa de la amenaza comunista. Con Alemania destruida, Francia exhausta y todo el continente muy debilitado tras años de guerra, Estados Unidos no podía correr riesgos”. Es por eso por lo que “la democratización de España quedó aplazada hasta que las circunstancias fuesen más favorables”. A pesar de su fe en el amigo americano, reconoce José María Gamboa que los acuerdos entre Washington y Madrid de 1953 le provocaron “serios problemas intelectuales”. Acudió entonces al Lendakari José Antonio Aguirre en busca de consejo, como había hecho diez años antes para pedirle opinión sobre su intención de alistarse en el ejército norteamericano, y “con gesto algo triste y fatigado, pero con la misma convicción y sinceridad de siempre”, me dijo que era el deber de los vascos luchar por la libertad sin exigir contrapartidas, porque “cuando la casa de tu vecino está ardiendo, te corresponde ayudarle, sin discutir las condiciones de tu ayuda”. De esa reflexión, es de la que Gamboa quiere deducir que “era nuestro deber luchar sin esperar nada a cambio”. José María de Gamboa era hijo de Marino de Gamboa y Urcelay, empresario vascofilipino de nacionalidad estadounidense, y el hombre que compró el yate *Vita* en el que se trasladó a Veracruz, en México, el tesoro del JARE, la Junta de Auxilio de los Republicanos Españoles.

La tesis de Gamboa no difiere en lo fundamental de la mantenida por Antón Irala, quien fuera el delegado más significado del Gobierno Vasco en Nueva York, al justificar el apoyo vasco a los Aliados en que, al ayudarles, “nos ayudábamos a nosotros mismos a crear un instrumento de lucha para la defensa de nuestros intereses”. Presentada al principio como colaboración de interés mutuo contra el fascismo, en su argumentación, eso fue lo que permitió a los dirigentes *jeltzales* disponer de una eficiente or-



ganización clandestina, contar con medios de lucha económicos “y de otro tipo”, asistir a la democracia española en la clandestinidad y en las esferas internacionales; ir tomando posiciones para “garantizar en el futuro la victoria de nuestro pueblo”, además de “realizar una gran gestión de lealtad incondicional a la causa de la libertad”. Al final de la contienda mundial en 1945, razonaba Irala, continuaban los conflictos armados en diversas latitudes, y en ellos “se vieron envueltos los Aliados, sobre todo, los americanos, a costa de grandes sacrificios” y, por lo que “a nosotros se refiere, la situación se complicaría tremendamente”. Dedicaría él buena parte de sus futuros esfuerzos a demostrar que los Aliados, en efecto, no habían traicionado a los vascos, porque lo prioritario para el bien de la humanidad era sortear la amenaza comunista, doblegarla, vencerla. El experto periodista e historiador Koldo San Sebastián ha abordado esta cuestión diciendo que “el nazifascismo fue derrotado, pero el inicio de la Guerra Fría, y otras cuestiones, impidió que los Aliados acabaran con la dictadura de Franco, que en aquellos momentos se consideraba un mal menor” frente a la expansión de la Unión Soviética en Europa, “que impuso en los diferentes países dictaduras títeres: los vascos demócratas pensaban entonces que, si se derrotaba al comunismo, nada justificaría la persistencia del franquismo”.

A raíz de un cable de la Delegación de *Efe* en Washington, basado en documentos del FBI desclasificados y publicados en abril de 1995, que dice que la red vasca de espionaje fue financiada durante la II Guerra Mundial con **millones de dólares** (en negrita en el original), Antón Aurre, presidente de la Fundación Sabino Arana en ese tiempo, escribe: “Una primera lectura de aquella información daría la impresión de que los vascos colaboraron con los Aliados por dinero”. “Nunca más lejos de la realidad”, afirma. “En el mejor de los casos, estaríamos hablando de aproximadamente ‘4.600 dólares mensuales con los que se pagaban a más de un centenar de agentes’. Siempre según esos datos, a cada ‘informante’ se le habría retribuido con unos 46 dólares mensuales (al cambio del año 1943, suponían 500 pesetas mensuales de entonces, las cuales, actualizadas serían equivalente a 45.000 pesetas mensuales de ahora por ‘informante’, es decir, menos de 2/3 del actual salario mínimo interprofesional). Como se ve, con más que escasos medios, los vascos fueron capaces de poner en marcha **desinteresadamente** una activa red de Delegaciones que, al servicio de los Aliados y la Democracia, cubrieron la práctica totalidad de países americanos y que también tuvo gran implantación en Europa”. Antón Aurre manifiesta en esta ocasión quedar a la espera de la desclasificación de nuevos documentos para conocer mejor “la desinteresada colaboración” de vascos “de todos los colores e ideologías” al lado de los Aliados y frente al nazismo, aunque no tiene mucha confianza en que aparezcan los que, enterrados por los “tenebrosos” de Pepe Michelena e Irala en al-

gún baúl en la zona de Irun o Dax, guardan “celosamente los secretos de los Servicios de Información del Gobierno de Euzkadi en el exilio”.

En el verano de 1968, Perico Beitia, el hombre del Gobierno Vasco y de ELA-STV en Washington, escribe a George Landau, director para los Asuntos de España y Portugal en el Departamento de Estado, para alertarle de los riesgos que corren si se renuevan con Franco los acuerdos para las bases militares americanas. Le comenta que en España hay un antiamericanismo de proporciones extraordinarias y que de estas torpezas solo se va a beneficiar el comunismo. “Nos hemos llevado muchos desengaños a lo largo de estos treinta años”, reconoce, pero queremos ser pragmáticos y sabemos que solo se nos ayudará cuando los intereses norteamericanos coincidan con los nuestros, como podría ser el del papel moderador que los nacionalistas vascos pueden jugar en el incierto y antiamericano panorama español”. Le recuerda a Landau que los patriotas vascos han prestado servicios muy delicados durante la Segunda Guerra Mundial y “después de ella”, “servicios de los que hay sobrada constancia en los organismos competentes del Gobierno norteamericano y que fueron reputados como muy valiosos, realizados a costa de grandes riesgos personales”. Uno de sus compañeros, Luis Alava, fue fusilado por Franco y otro, Txomin Letamendi, murió a consecuencia de las torturas policiales, le dice. El propio Beitia, a pesar de la cojera poliomiélica que le acompaña desde niño, ha sido miembro activo de los Servicios de Espionaje de Pepe Michelena, en Londres y París. Beitia le recuerda que fueron las comunidades vascas, movilizadas por Aguirre, de acuerdo con la Administración Roosevelt, las más eficaces a la hora de contrarrestar la campaña anti-aliada y pro-nazi en América Latina. “Y todo ello lo hicimos –escribe–, no guiados por propósitos ocultos o beneficio material, sino simplemente porque nos sentíamos solidarios con los Aliados y plenamente incorporados a su causa”, lo que no impide que Beitia reconozca que “los acontecimientos posteriores hicieron que nuestros sacrificios y esfuerzos por una causa que creíamos común fueran pagados con ingratitud manifiesta”.

Casilda Güell, profesora de Ciencia Política y Humanidades en la *Universitat Internacional de Catalunya*, que ha hecho del exilio republicano español materia preferente de sus investigaciones, parece coincidir con José María Gamboa al decir que, “en contra de lo que la mayor parte de la historiografía ha defendido, y de lo que la oposición antifranquista había querido creer”, los Aliados nunca se comprometieron a ayudar a los perdedores de la Guerra Civil en España. “Si bien inicialmente condenaron al régimen franquista, muy pronto se convirtieron en sus aliados, de manera implícita o explícita, por razones económicas y estratégicas, y también por razones políticas: Franco les garantizaba que el comunismo no se asentaría en su territorio”. Planteadas así las cosas, es propósito de este trabajo revisar y repasar con testimonios y documentos apegados al momento la historia de las relaciones de los dirigentes vascos del exilio –muy especial-

mente de José Antonio Aguirre, Manuel Irujo, Antón Irala y Jesús María Leizaola— con la Administración norteamericana, con sus servicios secretos, y con otros servicios aliados, para ir dando respuesta a esta cuestión de si fueron o no traicionados, si fueron engañados, si fueron ingenuos e ilusos o, si por el contrario, compartían con ellos lo fundamental de lo que les unía: un obsesivo y temprano anticomunismo, que les reportaba, por añadidura, la financiación indispensable para su supervivencia personal, la de las instituciones del exilio y la de las actividades de Resistencia. En definitiva, si fueron víctimas o cómplices en una Guerra Fría en la que se apela permanentemente a cuestiones morales y solo se ventilan intereses. Una guerra, como ha dicho Harold Ronseberg, en la que cada uno de los rivales es consciente de que la idea del otro sería invencible si realmente se llevara a la práctica, en la que “Occidente desea la libertad en la medida en que la libertad sea compatible con la propiedad privada y con el beneficio individual; los soviéticos desean el socialismo en la medida en que el socialismo sea compatible con la dictadura de la burocracia comunista”.

Este libro trata de responder, confirmar o contradecir la reflexión de José María de Gamboa recogiendo de una manera cronológica y ordenada la historia de los dirigentes vascos del exilio y sus compromisos con diferentes servicios de inteligencia aliados en la lucha, primero contra el Eje nazifascista y luego, contra el nuevo Eje del mal, el comunista. Los nacionalistas vascos aparecen participando en el enfrentamiento entre bloques que surgen de la Segunda Guerra Mundial por convicción y por conveniencia. Los hechos y personajes consignados proporcionan datos insuficientemente conocidos o tenidos en cuenta para completar la biografía del máximo responsable de esta estrategia, el Lendakari Aguirre, y sus compañeros de exilio, partido y gobierno: Manuel Irujo, Jesús María Leizaola, Alberto Onaindia, Antón Irala, Pepe Michelena y Juan Ajuriaguerra, entre otros. Sorprende la desproporcionada y persistente actividad de este pequeño grupo de resistentes a favor de un pequeñísimo pueblo, zarrandeados por los vaivenes de la mayor confrontación habida en la historia, por unas circunstancias muy adversas para ellos, utilizados, abandonados, viviendo siempre en medio de graves dificultades económicas. No se entendería ni hubiera sido posible esta hiperactividad si no hubieran contado con la colaboración y complicidad de compatriotas asentados por diversos países del mundo, en ocasiones vistiendo hábito o sotana, esa diáspora vasca que no ha dejado de crecer desde finales del siglo XIX, algunos de cuyos miembros contaban con fortunas y relaciones importantes. Se trata de un reducido grupo humano en el que no faltan tempranas diferencias y enfrentamientos ideológicos y personales, ni denuncias de caudillaje y mesianismo hacia su máximo conductor y responsable, José Antonio Aguirre. En el que habita también algún traidor que otro y unos cuantos oportunistas.

Es asimismo este un libro de espías, aunque ellos prefieran presentarse antes como informadores que como espías, como gentes que se ocupan y preocupan en “investigar al adversario para adelantarse a sus propósitos y facilitar la labor del Gobierno de Aguirre”. Los agentes de los Servicios Vascos de Información y Propaganda, que ese es el título completo, han nacido en la llamada Guerra Civil española y se mueven en los años siguientes en otras guerras, causas y escenarios por Euskadi, por Catalunya y España, por Francia y Gran Bretaña, tras el “Telón de Acero”, en el Norte de África, en la América toda, en las Filipinas. Contactan y colaboran con el espionaje británico, francés y norteamericano en sus diferentes siglas, épocas y propósitos. Se dejan contactar por cuanta antena, publicación y congreso anticomunista aparece, siguiendo instrucciones unas veces del Gobierno Vasco, por cuenta e interés propio en otras. El más conocido y complejo de los espías vascos es, sin duda, Jesús Galíndez, secuestrado y desaparecido en pleno Manhattan, pero son cientos los que toman parte en esas labores de información y delación en diferentes grados, lugares y circunstancias, insuficiente o interesadamente explicadas, cuando no deliberadamente ocultadas, más por vergüenza, seguramente, que por cualquier obligación o exigencia de secreto. A día de hoy, treinta años después de su muerte, el archivo y los papeles del gran jefe de espías Pepe Michelena, hombre meticoloso, ordenado y trabajador como nadie, siguen sin conocerse, si no fueron destruidos junto a los microfilmes que los debieron sustituir una vez copiados. Por otra parte, no todos los agentes deben ser incluidos en la categoría del algorteño Vicente Amézaga, que en 1949 confiesa desde Montevideo a sus amigos y jefes José Antonio Aguirre y José María Lasarte que el contacto de la CIA que les instruye y controla le ha dicho que es demasiado honrado para ser espía: “me exigen cosas que no puedo hacer y, porque lo hago, han llegado a decirme que no sirvo, que soy demasiado decente”. O en la categoría de Ricardo Nalda, “el espía con conciencia”, que renuncia a su papel tras el Telón de Acero y regresa tempranamente a su Bilbao natal. Hay otros que sí sirven para el juego, que tienen otra idea de lo que está bien o mal, que van a durar hasta alcanzar la jubilación en el oficio.

Es también esta la crónica de un tiempo apasionante, en el que se enfrentan y ponen a prueba las grandes corrientes ideológicas, se crean organismos internacionales, se fundan y destruyen Estados, se muere y se mata sin piedad. Y en medio de ese escenario infernal, unos pocos cientos de hombres y mujeres, derrotados, exiliados, abandonados, utilizados, se esfuerzan en sostener y pasar la antorcha de la libertad de una patria “con mil generaciones detrás desafiando a los rascacielos de cemento”, atrapados en el ojo del huracán de la Guerra Fría, el enfrentamiento político, ideológico, económico, social, tecnológico, militar, informativo, más importante que han vivido los siglos.

**Nota:** Para asomarse a los tiempos, protagonistas y circunstancias aquí contempladas se ha recurrido siempre que ha sido posible a fuentes directas, correspondencia, diarios, reseñas del momento y descripciones del contexto en el que se producen. Para este repaso, han sido de gran utilidad personas, situaciones y acontecimientos: la consulta de las Obras Completas de José Antonio Aguirre y Lecube (*Sendoa*, 1981), la recopilación de artículos y colaboraciones de Manuel Irujo (*Idatz Ekintza*, 1982), las Crónicas de Guerra y Exilio (*Idatz Ekintza*, 1983 y siguientes), los fondos de *Eusko Ikaskuntza* y la *Fundación Sabino Arana*; los trabajos y publicaciones diversas de Juan Carlos Jiménez de Aberasturi, Koldo San Sebastián, Emilio López Adán, Joxe Azurmendi, Alex Zubiri, Iñaki Egaña, Eugenio Ibarzabal, Santiago de Pablo, Ludger Mees, José Antonio Rodríguez Ranz, Xabier Irujo Ametzaga y Alberto Irigoyen Artetxe. De igual manera ha sido de utilidad el cotejo con la prensa diaria de los hechos y las personas mencionadas, para tratar de situarlas lo más fielmente posible en su contexto. Finalmente, a la hora de transcribir los nombres de personas, lugares e instituciones se ha respetado la ortografía del momento y la utilizada por los propios interesados. Sirva esto como explicación de la transcripción de los nombres y apellidos eusquéricos –Lendakari, Euzkadi, San Sebastián, Bayona, Euzko Deya, Michelena, Jáuregui, Ynchausti, etc.-, para las denominaciones de publicaciones, mensajes y partidos políticos.

Joxe Félix Azurmendi  
Algorta-Getxo, septiembre de 2013

## JOSÉ ANTONIO AGUIRRE ENTRA EN LOS ESTADOS UNIDOS COMO UN DELINCUENTE

Navegando junto a su familia en el *Uruguay*, un barco de la *American Republics Line* que hace la ruta Nueva York-Sud América, José Antonio Aguirre recibe “un telegrama desconcertante” de Manuel Ynchausti en el que le indica que Washington prefiere que desembarque calladamente en la isla caribeña de Trinidad y que, sin decir nada a nadie, vuele a Miami, “como un delincuente que tiene que esconderse”, anota el Lendakari en su diario. Inicialmente se muestra dispuesto a rebelarse contra esta “humillación para mi Patria Vasca, después de los homenajes que en las repúblicas sudamericanas ha recibido nuestro pueblo” y responde que “hoy hay una dignidad vasca, yo soy un instrumento, un cero de paso, pero mi patria es Euzkadi y Euzkadi ha de ser respetada hasta en los Estados Unidos: luego, allí, harán conmigo lo que quieran”. El 28 de octubre es “un día para mí de gran dolor –anota–, pues a mi telegrama de ayer contestan Ynchausti y Manu Sota” hablando de “circunstancias especiales, razones gravísimas, pérdidas irreparables” y evocando el bien de la causa vasca. Apelando a que ellos conocen mejor el ambiente y a la confianza que le merecen como amigos fieles, Aguirre acepta la exigencia, no sin dejar consignado que se trata “de una indigna cobardía diplomática americana” y que ha pasado con todo esto un día inquieto “en el que el orgullo de mil generaciones desafía a los rascacielos de cemento”.

Llega al día siguiente otra comunicación de Manuel Ynchausti en la que le participa que su aceptación ha satisfecho plenamente a Washington y que será el cónsul americano en Trinidad quien le dará más explicaciones, visados y ayuda de todo tipo. Su esposa e hijos siguen el viaje en el barco, y Aguirre desembarca en la isla caribeña, donde los americanos quieren que mantenga, además, una reunión con agentes del MI6 británicos. La isla cumple ya una estratégica labor en el control del tráfico marítimo, que se acentuará en los meses siguientes y en el que los Servicios de Información vascos jugarán un importante rol. “Mari y los *txikis* llegarán mañana a Nueva York. Me han ganado. Preparamos nuestra salida para mañana”, escribe. Desde Trinidad, vuela a Miami con escala en Puerto Rico, donde le recibe el diputado del PNV Jon Andoni Irazusta Muñoa. Para entrar por esta vía, advertidos por Washington, todo son amabilidades y facilidades administrativas. Sale en compañía de Irazusta rumbo a Filadel-

fia, por tren. Le esperan allí el vascofilipino Manuel Ynchausti y el empleado de la delegación Manuel de la Sota Aburto. Alquilan por horas una habitación en el Hotel Benjamín Franklin a fin de abrazarse con tranquilidad, conversar largamente y preparar una explicación todo lo convincente posible –una (in)oportuna bronquitis– para esta vergonzante llegada a Nueva York. Amanece el 7 de octubre de 1941. Los vascos de la ciudad, que habían preparado una gran recepción, están disgustados, pero “el Departamento de Estado se muestra contento con mi actitud. Su determinación ante mi caso era radical. Estaban dispuestos con toda sus fuerzas para impedir que elementos más o menos bien vistos se mezclaran en los actos de recibimiento, queriendo hacerlos suyos. Entre estos figuraban diversos personajes españoles”, consigna Aguirre. Las autoridades americanas no quieren incomodar a Franco y tampoco a la representación republicana española asentada ya en la ciudad; no desean que se repitan en su tierra los agasajos y declaraciones “políticas”, en tono de jefe de Estado, de Montevideo y Buenos Aires.

La familia Aguirre-Zabala se instala, “hasta que resolvamos suficientemente”, en White Plains, a cincuenta kilómetros de Manhattan, a orillas del río Hudson, en la casa del vascofilipino de nacionalidad norteamericana Manuel María de Ynchausti, que ha hecho posible su salida de Europa y su entrada en los Estados Unidos. Pronto, van a pasar a una ‘casita’ de la misma calle, a cien metros: su amigo los quiere cerca. En este tranquilo y distinguido lugar, que al Lendakari le recuerda a su Neguri, se han instalado también otros acomodados vascofilipinos: los Gamboa, Elizalde y Echevarria. Manuel y Ramón Sota, tío y sobrino, se alojan en la delegación que, desde el mes de septiembre último, se encuentra en el 30 de la Quinta Avenida, junto a Washington Square. Por las casas de Ynchausti y Gamboa van a pasar en los cuatro agitados años siguientes Indalecio Prieto, Telesforo Monzón, Martín García Urriaga, Pacho Belausteguigoitia, Jon Bilbao, Jesús Galíndez y Antón Irala, tras su regreso de Francia en 1942, entre otros. Compartirán penas, afanes y conspiraciones, y también asuetos veraniegos y partidas de croquet en Hampton Bays. Aguirre, deportista nato, que vence a Irala en el juego, se equipara con él en el gusto por el *Benedictine* y en la alta resistencia al alcohol, lo que les será de utilidad cuando los hombres del espionaje americano les hagan beber para que hablen, y terminen siendo ellos los que se sueltan a hablar. También compartirán alguna frívola fiesta, como la de disfraces que recoge una foto en la que el Lendakari, y también Jesús Galíndez, aparecen caracterizados de pelotaris, en compañía de un pirata, un cocinero, un presidiario, un moro y tres sonrientes señoras de blanco raquetista. Viven como una gran familia, con la solidaridad que genera el exilio, la fraternidad de la causa, el enemigo compartido y la esperanza de derrotarlo. A este clan se han incorporado tempranamente el jefe de espías del *British Intelligence Service*, Bill Ross-Smith, y su esposa Scou, que mantendrán hasta la muerte, más allá